

Mi primera carta en libertad

Cárcel, una de las palabras que habían formado parte de mi vocabulario de toda una vida pero cuyo significado no había llegado a rozar ningún poro de mi piel. Hizo falta solo un instante para quedar totalmente impregnada de su concepto, fue entonces cuando vi mi mundo haciéndose pedazos.

Al recibir la impactante noticia de la detención me sentí tan perdida que mi corazón seguía latiendo por compasión, mientras que mis pulmones se llenaban a medias entre aire y tristeza.

Recuerdo nítidamente cómo los primeros días me encontraba desolada, sin horizonte, sin mañana y con la sensación de que era urgente asumir esta horrible y nueva situación para empezar a luchar.

Cada reja, cada paso hacia la sala de visitas, cada cerrojo que dejaba atrás se quedaban grabados en mi retina para formar parte una y otra vez de mis cortos sueños. Los guardias, con sus potentes miradas clavaban sus pensamientos en mi nuca, haciendo que el peso que cargaban mis hombros se hiciera aún más pesado.

En los días de juicio me preparaba como si fuera al campo de batalla, llevaba mi coraza puesta para soportar lo peor y una pizca de ingenuidad para esperar lo mejor.

La primera sentencia fue la segunda bofetada, se derrumbaron mis ilusiones, no estaba preparada para un año y medio más. Me flaqueaba la fuerza, mi cuerpo no respondía y mi mente no encontraba ya a lo que aferrarse.

Durante la lectura de la condena creí perder la noción del tiempo y el espacio. Tuve la sensación de vivir en una realidad paralela a mí, como si mi cuerpo se desdoblara para escuchar de lejos. Probablemente solo era un intento en vano para protegerme del impacto.

El tiempo seguía pasando con lentitud mientras nada parecía solucionarse, soñaba despierta con hacer las maletas observando con desesperación el calendario.

Tardes de lluvia y frío que me hacían recordar que mi vida seguía también a la espera de que calmara el temporal.

Amaneceres que habían perdido toda su belleza y me arrastraban a un nuevo día de desesperación.

Noches interminables donde el miedo por el mañana me mantenía despierta hasta que el cansancio me vencía.

Gran batalla la que libramos en los tribunales cuando nadie apostaba por nosotros y nos veían como a diminutos contra gigantes. Fueron muchos los que pidieron que nos rindiésemos, unos pocos los que nos apoyaron, y otros tantos que nos compadecían.

El día que te estaba esperando en la puerta de la cárcel me sentí tan feliz que todos esos horribles recuerdos pasaron de manera inmediata a formar parte de una experiencia que espero no tener que revivir nunca más.

Recuerda papá, los seis meses que estuviste allí, yo fui prisionera contigo. Y volvería a caminar encadenada a ti cuantas veces hiciera falta.